

## Homilía de XXII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“El que pierda su vida por mí, la encontrará”

### Pautas para la homilía

Cuando el final de los días de descanso, sosiego familiar y “bienestar” se aproximan, (si es que no lo han hecho ya), la liturgia nos anima a no tener miedo en el seguimiento a Cristo a pesar de las **dificultades** que puedan darse por ello.

**Gran dificultad: “El que pierda su vida por mí, la encontrará”.**

¿Quién quiere entregar su vida a fondo perdido? o dicho evangélicamente ¿quién quiere perderla? La respuesta es evidente: **nadie**. Solo después de una reflexión serena y profunda, entregará su vida o **“la perderá”** quien esté convencido que le reporte un bien. La seducción (2ª lectura) por la causa del Reino y su utopía pueden dar sentido a ese **“perder”** la vida.

El diálogo del domingo pasado de Jesús con Pedro confesando el mesianismo de Cristo, fue signo de apertura a la revelación, lo que le convirtió en piedra sobre la que edificar la Iglesia. Este domingo, Pedro pierde los papeles, y la condición humana le lleva a buscar intereses humanos sin contar con el Padre, convirtiéndose en “Tentador satánico”. Nadie quiere **perder**.

Cuando la condición humana no cuenta con Dios (oración, reflexión, lectura meditada, etc.), no hay entrega ni servicio, y, la pasión por el **Reino** desaparece del horizonte. Todo lo contrario al proyecto de Jesús, que en palabras del papa Francisco, es “instaurar el reino de Dios”; misión para la cual vino Cristo al mundo (Cf. las parábolas de los domingos del mes pasado). La cultura del “estado del bienestar” se convierte así en pseudomesías y salvadora por el adormecimiento de costumbres, en las que el dinero, el poder y la fama son las **píldoras analgésicas** de esa cultura. Es **ganar** el mundo a cualquier precio, incluso a costa de **perder** la felicidad que da la libertad de trabajar por el **Reino de Dios**.

Las múltiples y abrumadoras ofertas de consumo, pueden producir a la larga en el ser humano una tristeza individualista propia de un corazón cómodo y avaro, por la búsqueda enfermiza de placeres superficiales y egocéntricos (Cf Evangelii Gaudium) que solo puede ser cambiada en alegría colectiva fruto del servicio generoso, con la ayuda de Dios,.

El seguidor de Jesús va contracorriente en el mundo, y solo la unión con Dios le da fuerza interior para decir sí al evangelio de la **vida**.

**“Me sedujiste, Señor”.**

¿Otra posible dificultad más? O ¿no es dificultad que la seducción de felicidad interior, se cambie en denuncia, hazmerreir, burla, etc.? Valorada la situación seductora, tiene que llevar al cristiano a ser fermento (como la levadura) para el cambio social de conducta: pasar de la cultura del **mesianismo mundano** (“bienestar”) a la cultura del servicio, (instauración del Reino y la pasión por él. Cf. 1ª lectura).

Calamidades, injusticias, violencia, terrorismo y demás noticias negativas, cuestionan y obligan al ser humano a un diálogo comprometido – **diálogo salvífico**– con Dios para poner fin a todo ello.

Es dar la vuelta a la moneda y pasar de lo que separa de Dios, a lo que une. Él; pasar por la cruz, el servicio, la misericordia y el perdón; para llegar a lo bueno, lo perfecto, lo que le agrada (Rom. 12, 1-2).

Si el ser humano se ajusta a este mundo, el individualismo ahoga todo lo que significa comunitario. La seducción por el Señor puede acarrear mal sabor de boca al tener que denunciar y actuar contra toda opresión, (léase persona, ideología o sentimiento). La Iglesia tiene que aceptar la ley del sufrimiento de la misma manera a como Jesús la aceptó, y no valen los narcóticos **adormecedores** ni las evasiones o drogas **espirituales** placenteras para olvidar. En diálogo salvífico con Dios y el mundo, la Iglesia tiene que iluminar la conciencia sociedad para que se instaure en él la cultura del servicio como instrumento de paz y bienestar.

Aunque a veces en ese diálogo, Dios-hombre-iglesia, haya tensiones, el cristiano no deja por ello de ser mediador. El diálogo, (estudio y oración) al estilo de Jeremías es una de las soluciones.

**“Que cargue con su cruz y me siga”.**

La cruz, el martirio incruento de cada día, el peso constante del mal, la falta de cirineos en el mundo son fuerza para el discípulo de Jesús. El servicio **humanizador** compartido e instaurador del Reino de Dios asumido con el sufrimiento que pueda llevar, sin ser una postura de resignación estéril o mortificación falsa, ascetismo barato e individualista sino la aceptación de la inseguridad, el rechazo, la mofa y la persecución con la esperanza puesta en Cristo, aligeran grandemente el peso de la cruz.

Como miembro de una sociedad, al igual que Jesús, el cristiano está atento a los lamentos y lágrimas de los que le rodean y vive para regalar a los demás el gran don de la **vida** recibida de Dios. Vida que enseña a renunciar a la satisfacción inmediata y caprichosa, a repartir el peso de la carga que hace madurar al ser humano dando un fruto nuevo que perdura; prepara a los hombres y mujeres de cada momento a un nuevo y definitivo **resurgir** (resurrección). Así es el camino hacia Jerusalén, camino en el que Cristo aclara las dos caras de la moneda a sus apóstoles. Es el camino de la pascua y de la resurrección.

Cada pequeña superación diaria, acerca al cristiano al prójimo y a Dios; crece en su libertad interior, se eliminan los miedos y temores y se convierten en alegría desbordante propia de resucitados.

Fr. Carlos Recas Mora O.P.  
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)